

de gozo, prorumpió en gritos de alegría, echó á vuelo las campanas de sus templos y se entregó, entusiasmada, á los más vivos trasportes de alborozo y de placer. Hoy, esa misma ciudad, empavesada y sonriente de alegría os espera con los brazos abiertos para recibiros como á Redentor de la humanidad doliente, padre de los pobres, protector y Maestro de la estudiantina juventud.

Nosotros, que admiramos vuestras virtudes y relevantes méritos, nosotros que hemos gustado también los frutos de vuestro saber y hemos sido varias veces el objeto de vuestros cuidados y desvelos, venimos hoy, agradecidos, á daros la más cumplida enhorabuena, porque gracias á la Providencia y á la habilidad y destreza del Sr. Knapp, no menos que á los exquisitos cuidados y esmeradísima asistencia del Sr. Dr. Juan de Dios, quien os ha atendido con más cariño y esmero que si fuéseis su propio padre, habéis recobrado el órgano de la vista, tan precioso como necesario, particularmente para vos, que vivís de la observación y la lectura.

Mi querido y venerado maestro (permitidme que os dé este título tan grato y honroso para mí, pues tengo derecho á él, porque á vuestros piés y pendiente de vuestros labios aprendí lo poco que sé de literatura y elocuencia sagrada), yo os felicito particularmente, con toda la efusión de mi alma; porque ya casi ex-

tinguida en vuestro pecho la esperanza de recobrar la vista os la devuelve el Hacedor Supremo por medio de la ciencia.

¡Ciudadano esclarecido! Egregio Doctor! Benemérito del Estado! Honra y prez de las letras mexicanas! A nombre de las autoridades y habitantes todos de este Pueblo, yo os saludo! y elevo al cielo ferviente súplica, porque conserve incólume por largos años vuestra preciosa existencia!—DIJE.”

“La reunión fué animada, á extremo tal, que hasta los empleados del ferrocarril, de nacionalidad americana, manifestaron ser partícipes de aquella general simpatía, suplicando se les dejara adornar su locomotora, con la principal inscripción de aquel arco y un número considerable de sus coronas. Concedióseles lo que pedían y así adornada siguió la locomotora su camino.”

\* \* \*

“Pocos minutos después, el tren llegaba á Villaldama. Hubo también allí reunión numerosísima en la Estación, compuesta de las clases del pueblo. La música empezó la recepción. El niño Plácido Villareal de 12 años de edad, leyó la siguiente pequeña alocución. Lo hizo con tal propiedad y maestría, que conmovido Gonzalitos, concluido que hubo la lectura, le arrebató el papel y le besó la mano. Este noble rasgo del Doctor embelleció la fiesta, haciéndola más conmovedora.

“SEÑORES:—CONDISCIPULOS:—El Estado de Nuevo-León está de plácemes por habernos concedido el Hacedor del Universo la gracia de volver la vista al Benemérito Dr. José Eleuterio González, y por esto también venimos los humildes estudiantes de este pequeño pueblo, quizá el más humilde de nuestro Estado, á saludar y admirar al bienhechor de la humanidad, al Sabio y Benemérito Dr. Gonzalitos, á quien en su mayor parte se debe la ilustración y cultura de esta parte de nuestra República; y si con la fama universal que goza, se pudiera explicar una parte del justo mérito á que es acreedor el Doctor y protector de la juventud, la admiración sería completa.

Pero á tanta grandeza cualquier elogio es por demás; concretémonos queridos compañeros á regocijarnos con la presencia de tan ilustre personaje, para llorar después su ausencia y su decrepitud; pues, miradle, está muy viejecito; y, aunque su nombre sea inmortal, la humanidad necesita aprovechar los sabios consejos de su vida real.

A vosotros, señores, os toca la misión sublime de cuidar de él, como de un padre querido, en los últimos años de su existencia; y si, primero que alguno de los que estáis presentes, baja al sepulcro, que viva siempre grabado en vuestra memoria el sacrosanto nombre del egregio Dr. José Eleuterio González, como el primero de los genios eminentes de

nuestro Estado, que supo con su sabiduría dirigir por la senda escabrosa de la ciencia á la mayor parte de los hijos de Nuevo-León.—DIJE.”

\* \* \*

“Llegole su turno á Salinas Victoria, que no podía ser indiferente al general regocijo. Las niñas se habían preparado á cantar el Himno Nacional á la llegada del Doctor, y así lo efectuaron. Todas ellas vestidas de blanco, adornadas con bandas tricolor; cantáronlo acompañadas de la música. El pueblo completó la manifestación, con tiros de carabina, cohetes y vivas. Un anciano, Don Herculano Cantú, pronunció el siguiente discurso:

“También el pueblo humilde de Salinas Victoria, se asocia gustoso y expotáneamente al regocijo general que inunda al siempre magnánimo, bravo, cuanto patriota Estado de Nuevo-León; une sus cariñosos votos, bien merecidos por cierto, y os felicita dignamente, Benemérito Doctor, por la recuperación de vuestra importantísima salud que aplauden estrepitosamente desde los pueblos más lejanos, los hijos del Estado, nuestros hermanos, y la celebran con tanta razón, cuanto que ella en todas ocasiones le ha evitado mil dolores y prodigado diferentes beneficios de distintos géneros; por eso vé con gran placer vuestro feliz arribo del extranjero y os vuelve á felicitar con toda la efusión de su alma. Celoso el de Sali-

nas, de que se cumplan sus sanos deseos, ha concurrido en tropel, se ha allegado en masa á este Dipot, á demostrar por medio de su primera autoridad y su respetable cuerpo de municipales que os tiene en la mayor estima. Réstame sólo, C. Benemérito, hacer inio en lo particular, el tosco relato de que me ocupo, y permitirme, en estos críticos y muy solemnes momentos, la libertad, á nombre de todo el pueblo de nuestro querido Estado, de saludaros dignamente, valiéndome de aquellas palabras con que los habitantes de la primera ciudad del mundo, recibían al César cuando entraba triunfante á Roma: *vuestra salud es nuestra salud.*"

\* \* \*

"Antes de su llegada á Monterrey, el tren tuvo que detenerse algunos momentos en la Estación de Ramón Treviño, donde lo esperaban numerosas personas de la Villa de San Nicolás de los Garzas.

Veamos que hizo Monterrey por su parte, ayer, en espera del arribo del Doctor González. Cerró el comercio sus puertas y como citadas á hora fija todas las clases de la ciudad se trasportaron en masa á la Estación. La calle por donde se dijo debía entrar, parecía un hormiguero desde las dos de la tarde. No se hallaba en el centro de la población ni uno sólo de los coches de plaza, ni uno de los particulares; pues habían sido enviados para recibir

la comitiva. La Plaza de Zaragoza estaba completamente llena. Los niños de las escuelas habían acudido allí con gallardetes tricolores, formando una valla en sus anchas banquetas, partiendo del término de la vía urbana, hasta el atrio de Catedral.

El silbido de la locomotora fué contestado por el eco de las montañas y un repique á vuelo en todas las Iglesias dijo á la ciudad, que el Dr. González pisaba la Estación. La Empresa del Ferrocarril Urbano había preparado bondadosamente todos sus carros para la recepción, los que estaban con exquisito gusto adornados; las banderas Americana y Mexicana, entrelazadas formando cuadros simbólicos de amistad. Frente á la oficina de la compañía se levantó un arco de triunfo, adornado con laurel y símbolos semejantes á los de los carros. La concurrencia era inmensa: hasta sobre los carros había multitud de personas, lo mismo que sobre la plataforma de la Estación. Varias músicas hacían oír sus agradables sonos, exaltando extraordinariamente el entusiasmo de la concurrencia.

La comitiva montó en los coches del Urbano, detenidos frecuentemente en su marcha por la multitud, que procuraba aproximarse al carro donde iba el Doctor.

Los alumnos del Colegio civil le prepararon una ovación en la plaza del mismo nombre, pronunciándose allí diversas alocuciones."

Aquí inserta el cronista la sentida alocución pronunciada por el Sr. Lic. Eugenio F. Castellón, en nombre de los presos de la cárcel de esta ciudad, y concluye su animada reseña como se vé en seguida:

“Siguió la comitiva por el trayecto de la vía urbana, estando todas las calles por donde ésta pasaba, perfectamente adornadas é iluminadas. Cuando llegó á la Plaza de Zaragoza, las descargas de fusilería, las aclamaciones del pueblo y el repique que aun no terminaba, llevaron el entusiasmo á su colmo. González dejó el tren urbano y entre filas formadas por los niños de las escuelas, se dirigió á Catedral seguido de su comitiva, á donde á duras penas pudieron penetrar por hallarse la Iglesia desde las dos de la tarde completamente llena.

Trasformose el cuadro por completo, de una fiesta del mundo pasamos á una fiesta divina; comenzó el *Te Deum*. Un coro de virginales voces nos trasportó á las infinitas regiones de los cielos; de cuando en cuando alguna de estas voces sobresalía, como voz angelical sobre el suave acompañamiento del órgano. Profunda pena nos causa no especificar una á una, las Señoritas que cantaron los divinos coros, bástenos decir, y esto para nuestra satisfacción de reineros, que nuestras simpáticas paisanas, después de haber dado una prueba de su grande cariño para Gonzalitos han pa-

tentizado una vez más su precoz talento en el divino arte.

El Dr. González, que ha consagrado su vida entera al desarrollo en esta Sociedad, de la instrucción en general y de la ciencia médica en particular, habrá visto con indecible satisfacción los frutos de sus afanosas tareas de médico y maestro.

Generaciones que él mismo ha formado, en momento tan solemne de su vida, le hacían recibir como premio, la ovación más grande que recibir pudiera mortal alguno.

Dichoso él, que en el último tercio de su vida, le acompañan aún, y sin mengua de ningún género, los sentimientos de adhesión de un pueblo á quien ha honrado y de quien ha recibido merecido homenaje de extraordinaria y singular consideración.”

A esa recepción se siguió una velada artístico-literaria en honor del Dr. González. Inútil es añadir nosotros una sola palabra de elogio, á las que magistralmente estampó en su oportunidad el inteligente cronista, Sr. Ingeniero Martínez, autor de la crónica de la velada, habiéndolo sido el de la anterior el instruido literato Dr. José Martínez Ancira.

Hé aquí un extracto de aquella fiesta única en su objeto entre nosotros.

El compositor D. Manuel M. de Llano había preparado una *Sinfonía ad hoc*, con que